

“SOBRE QUIÉN SOY”

Ana María Mora Lagunes

Mi momento

Definir en qué momento de mi vida me encuentro actualmente me resulta un tanto incierto. Supongo que debería empezar diciendo que ha pasado un año desde que egresé de la universidad, 7 meses desde que conseguí mi primer empleo y 9 meses desde que estoy con mi novio. Voy explicando cada rubro. Creo que a los de mi generación nos vendieron la idea de que el éxito implicaba salir de la carrera, conseguir un trabajo con un (muy) buen sueldo y dedicarnos a presumirlo. La realidad es más difícil; el hecho de haber tenido las mejores calificaciones del salón no garantizaron que aparezca como "egresada de éxito" en la página de la universidad. Fue un tanto duro ver que mi sueño de iniciar una carrera bancaria se frustró por mi nula experiencia laboral y mi falta de habilidades sociales. Mi madre siempre ha dicho que "para tener, hay que sufrir", y yo nunca sufrí. Entré a la carrera que estaba de moda en ese momento, no quise desafiar a mi papá cuando él me prohibió estudiar Derecho, rechacé todas las oportunidades que se me presentaron en la uni y que implicaban demasiado esfuerzo de mi parte; ni se diga del servicio social, al que iba cada que quería. Supongo, también, que haber encontrado trabajo en el área contable de una importante empresa aduanal sin tener ninguna experiencia previa fue realmente una bendición, pero no tanto lo que busco para mi vida. No puedo decir que no he sufrido del todo, pero lo he hecho por cosas que yo sola me he buscado. Estuve envuelta en una relación enfermiza desde la prepa hasta que terminó la universidad; incluso estuve embarazada y terminé perdiendo a mi bebé. Creo que a partir de ese momento mi visión sobre la vida cambió, y con ello yo. Ahora que la realidad me golpeó, he descubierto lo que realmente me gusta, lo que necesito, y sobre todo, lo que tengo que hacer para conseguirlo. No se trata de ser una mártir, sino de, por primera vez, estar dispuesta a hacer sacrificios y

luchar por mis objetivos. Si consigo pasar el examen de admisión, empezaré una nueva carrera en agosto; seguiré aprendiendo nuevas cosas en mi trabajo y, después de un tiempo prudente, buscaré entrar al área administrativa de un banco.

En el amor, afortunadamente puedo decir que por fin me enamoré de alguien afín a mí, alguien que me ha enseñado a expresar mis sentimientos, el que se ha ganado mi confianza plena, un hombre inteligente, con metas definidas y al que admiro y respeto. Somos diferentes, pero incluso en eso sentimos que encajamos. Simplemente lo nuestro se siente bien, a pesar de que es una relación a distancia. Así que quizás, después de todo esto, puedo decir que en este momento de mi vida estoy en un camino de redescubrimiento, de aceptación, de sanación. Me siento bien, me siento plena; he aprendido que no hay prisa, lo importante es no dejar pasar más oportunidades y no dejar pasar los años para hacer lo que de verdad deseo. Este es mi momento.

Yo soy lo mejor de mí

Yo soy... Creo que lo sensato sería empezar diciendo que una joven mujer de 22 años. Decir que soy una mujer ya es bastante avance para mí, ya que en muchos sentidos aún me sigo considerando una niña; apenas comencé a trabajar y aún sigo viviendo con mis padres, no soy independiente, y no solo por eso, sino porque hay muchas cosas que no sé hacer por mí misma. Siempre he sido vista más como una niña buena y obediente, y confieso que dar una buena impresión a la gente y que hablen bien de mí siempre me ha gustado, pero muchas veces siento que esto me ha encasillado e incluso limitado, porque he llegado a actuar pensando en el "qué dirán".

Nunca me he considerado una persona fuerte, pero la vida me ha enseñado que son los momentos difíciles los que te hacen darte cuenta de que eres mucho más de lo que crees, de que como seres humanos buscamos siempre sobrevivir en la adversidad. Hay muchas cosas aún que me dan miedo, pero también creo que a veces puedes usar el miedo, no para frenarte, sino para impulsarte, después de todo, yo creo que aquellas cosas que valen la pena son las que más miedo dan.

No soy, y no seré lo que todos los demás esperen de mí. Quiero, y seré lo que yo misma me vaya trazando, y espero siempre tener este pensamiento fijo en mi mente, jamás dejarme abatir por las circunstancias, y más que demostrarle a los demás de lo que soy capaz, demostrarme a mí misma que puedo con lo que me propongo. Quiero ser la mejor versión de mí, y si cada día que pase despierto sintiéndome a gusto con la persona que soy, sabré que voy por el buen camino.

Él, mi palabra.

Eduardo. Ese nombre se ha convertido en mi mantra durante los últimos 5 años. Eduardo es eso que me calma, que me acelera, que me impulsa, que me hace soportar lo que no creo poder. Eduardo es lo que nunca tuve. Eduardo es lo que aún, cuando sé que todo está perdido, sigo anhelando. Lo conocí hace mucho, cuando yo aún estaba superando el dolor que deja el primer amor. Yo no buscaba enamorarme de él, él hizo todo, lo juro. Es tan guapo, tan varonil, tan inteligente, y tan inalcanzable. Me fue enamorando poco a poco; cada cosa que decía era sabia mis oídos, cada roce de su piel a la mía me parecía electrizante, cada mirada, cada sonrisa, todavía las recuerdo todas. No sé en qué momento sucedió, pero comencé a comparar a todos los demás hombres con Eduardo, y ninguna se le acercaba. Me contuve, como siempre, de decirle todo lo que me provocaba. Las pocas veces que tuve el valor de decirle que lo adoraba o que lo extrañaba no me creyó. No me contuve, como siempre, de entregarme en cuerpo a él. No sé cuál de esos dos fue mi verdadero error, vaya uno a saber. El caso es que jamás me tomó en serio, pasé los años adorándolo en silencio, sufriendo cada que lo veía con otra, amándolo cada

que volvía a buscarme, obedeciéndole ciegamente en la cama, detestándolo cada que me dejaba y esperando, ansiosamente, que de nuevo se acordara de mí. Fue mi círculo vicioso. "Esta es la última vez", decía siempre. Y nunca lo era. Tampoco sé si era amor, pasión o un simple capricho. Pero me marcó. Y de qué manera. Hace un año fue nuestra despedida, y dolió más porque no sabía que realmente lo era. Pasamos juntos la noche bebiendo en Puebla, caminando entre catedrales y plazuelas, besándonos en cada esquina. Sé que pasé la noche entera nerviosa, atenta a todos sus consejos, contándole mis sueños, deseando conocer los suyos. Se me rompió el corazón cuando me dijo que se iba de esa ciudad, justo cuando yo estaba por fin decidida a ir a visitarlo cada que pudiera. Sé que a nadie he mirado como a él, a nadie he abrazado tanto como lo hice esa noche cuando lo vi de nuevo. Y sé que por nadie sufrí como por él aquella noche cuando me dejó sola en la habitación. "Adiós", le dije mientras se cerraban las puertas del elevador y las de mi corazón. Me propuse superarlo. No creo haberlo conseguido. Aún me duele su recuerdo. Y su nombre permanece. Sé que no es la mejor palabra que pude escoger para incorporarla a mi vida diaria, pero es que precisamente eso fue lo que pasó, que no la elegí. Decía su nombre cada que estaba nerviosa, cada que tenía mucho estrés, cada que sentía ganas de llorar. Decía su nombre y me calmaba. La noche en que perdí al hijo que estaba esperando solo tuve mente para repetir una y otra vez su nombre; era lo única que logró calmar mi dolor físico y fue lo único que me ayudaba a no llorar en las noches que siguieron. Creo que esa palabra, ese nombre, representa algo que amo (o que amé) y que me da fuerzas para seguir adelante, me ayuda a recordar que las cosas duran un instante, y que es mejor aprovecharlas mientras se puede. Eduardo es una palabra que encierra todas las emociones para mí y que siempre usaré en cualquier situación que se me presente, es el mantra que digo una y otra vez para saber que todo estará bien, porque así lo estuvo después de que él me dejó. La vida sigue, eso es inevitable, pero al menos me dejó eso. Tal vez hubo en mi vida otras palabras aparte de esa, pero no las recuerdo, ahora solo tengo una. Él es mi palabra.

Reconociendo las tinieblas

Las tinieblas que me han acompañado toda mi vida es el miedo a decir lo que siento. Quisiera creer que fue la manera en que me educaron, criada por mis abuelos quienes nunca alentaron la comunicación entre nosotros, siempre daban todo por entendido. No recuerdo que me dijeran que me querían o que los haya escuchado decírselo entre sí. Además, como gente mayor, siento que me pasaron muchos de sus prejuicios e inseguridades. Mi abuela principalmente. Ambas situaciones me han costado tantas cosas a lo largo de mi vida. Como mujer hay muchas cosas que se nos prohíbe o que, aunque no estén explícitamente prohibidas, se ve mal que las hagamos. Para mí abuela nunca estuvo correcto que saliera sola, que me juntara con más hombres que mujeres, que saliera de noche, que dijera groserías, tener sexo antes del matrimonio (o hablar siquiera de eso), mucho menos que me juntara con niñas que podían dañar mi reputación. Todas estas enseñanzas las seguía al pie de la letra, hasta que descubrí que mi novio me engañaba y ella me dio el consejo de ignorarlo y seguir normal con él, porque total, con la que pensaba casarse algún día era conmigo. En ese momento me di cuenta que no puedo vivir dejándome someter por las creencias de otra generación, mucho menos si estas son erróneas. No puedo juzgarla, a ella la educaron diferente, pero yo no puedo dejar que eso siga influyendo en mi personalidad, no puedo dejar de hacer amistad con personas que valen la pena a pesar de su pasado, de disfrutar tener sexo responsable con quién desee solo porque no soy hombre y eso se ve mal en una mujer, mucho menos avergonzarme por ello. Siempre me he considerado un tanto insegura y miedosa, tanto que ni siquiera pensé bien en mi futuro y me quedé estudiando en la ciudad más cercana por miedo a ir a otro lugar que no conociera bien. Sin embargo, la tiniebla que más me ha marcado ha sido la de no saber expresar lo que siento. Nunca le pude decir al hombre que quería que estaba enamorada de él, nunca pude decirle que lo extrañaba o que lo necesitaba, simplemente callé. Tampoco nunca he sabido decir que no, que estoy inconforme con algo o que simplemente no puedo o no quiero ayudar en algo. Y sé que la gente se ha aprovechado de eso. Quizás adentrarme en la caverna de mis tinieblas y

reconocerlas sea el primer paso. Sé que será muy difícil ir cambiando todo eso pero aún tengo toda una vida para lograrlo y para irme alejando de todas esas sombras que me han atormentado. Mi meta es, que algún día, si llego a tener hijas, poder educarlas de tal manera que sean seguras de sí mismas, sepan decir lo que quieren y sienten y nunca tengan miedo de luchar por lo que creen que vale la pena. Tal y como yo quiero ser. Sería el mejor legado que podría dejarle a la siguiente generación de mi familia.

Mi fe, mi yo

Siempre he creído en una entidad suprema, algo superior a todo nosotros que nadie es capaz de identificar por completo o entender. Entiendo que no sea lo mismo religión que espiritualidad, pero para mi alma siento que están ligadas. Cada que necesito fuerzas recurro a Dios, a ese ente en el que me enseñaron a creer y con el que me dijeron que todo estaría bien, que él cuidaría de mí, que él guiaría mis pasos, observaría lo correcto y perdonaría lo incorrecto.

Desde que soy pequeña acostumbro rezar; no tengo una oración en especial, nunca las aprendí de memoria en mis años en la iglesia, simplemente lo hago de corazón, pidiendo por todos los seres a los que amo, y por todos los que considero que merecen una oración. Oro para que ya no haya maldad ni sufrimiento, oro porque la vida de cada persona mejore, y doy gracias porque la mía esté más llena de bendiciones que de tormentos. Quiero creer que existe un orden superior, alguna clase de energía que alinee las cosas. Pero también sé perfecto que nadie más que uno mismo puede ayudarse por completo, ni siquiera un todopoderoso podría salvarnos si nosotros antes no nos lo proponemos hacer. Las cosas las logramos por voluntad y esfuerzo propio, pero me gusta pensar que hay un ser infinito que nos da su bendición y protección en ese camino.

Para mí, una divinidad femenina sería por excelencia la naturaleza, dotada de todas las virtudes que una mujer tiene: fuerza, inteligencia, dadora de vida, hermosa, apasionante, sabia y digna de contemplarse. Me gusta pensar que mi espíritu está en una constante búsqueda de todo eso, de ser una fuente suficiente de sabiduría, aunque está solo llegue con los años. Mi espíritu, a través de mis buenos deseos y plegarias, se conecta con Dios, y me agrada pensar que soy escuchada, que soy tomada en cuenta, que esto hace que tenga paz en mi alma; gracias a esto puedo desahogarme en días que no comprendo lo que sucede en el mundo, puedo encontrar consuelo cuando mi dolor es inmenso, puedo tratar de dar respuestas a las interrogantes de mi vida.

En mis momentos más difíciles he recurrido a esa fuerza superior que nos envuelve, he platicado con ella, le he encomendado mi alma y mi vida, le he pedido perdón y he encontrado confort y resignación en sus brazos. Quizás no todos lo entiendan de la misma manera, y es perfecto que cada quién se conecte con ella de la manera en que les parezca mejor; pero a mí me basta con sentir su presencia a mi alrededor, que me cuida, me guía y me apoya, y que es capaz de hacer lo mismo por todos aquellos a quienes amo, con tan solo rezar o solo pensar en ella, en su existencia.

Tal vez esta “vibra” positiva y esta manera de ver la vida es lo que me haga trascender un poco en mi paso por la tierra, por ahora, me es suficiente saber que me ha ayudado a sobrepasar todos mis obstáculos y que lo seguirá haciendo.